

Anne Sexton

TRANSFORMACIONES



Anne Sexton
TRANSFORMACIONES

Ilustraciones de
Sandra Rilova

Traducción de
María Ramos

Edición bilingüe



Nørdicalibros
2021

Título original: *Transformations*

© 1971 by Anne Sexton

© Renewed in 1999 by Linda G. Sexton

© De las ilustraciones: Sandra Rilova

© De la traducción: María Ramos

© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.

Doctor Blanco Soler, 26

28044 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: septiembre de 2021

ISBN: 978-84-18451-82-9

Depósito Legal: M-24146-2021

IBIC: DCF

Thema: DCF

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

Alcobendas (Madrid)



Diseño de colección y
maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y
Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Linda, que lee a Hesse
y toma sopa de almejas*



LA LLAVE DE ORO

La narradora es, en este caso,
una bruja de mediana edad, yo...,
enredada en mis dos grandes brazos,
mi cara en un libro
y mi boca bien abierta,
preparada para contaros una historia o dos.
He venido a recordaros,
a todos vosotros:
Alicia, Samuel, Kurt, Eleanor,
Jane, Brian, Maryel,
acercaos.

Alicia,

¿con cincuenta y seis años, recuerdas?

¿Recuerdas cuando te
leían siendo niña?

Samuel,

¿con veintidós años, has olvidado?

¿Has olvidado los sueños de las diez de la noche
en los que el malvado rey
se deshacía en humo?

¿Estás en coma?

¿Estás sumergido?

Atención,
queridos,
voy a presentaros a un chico.
Tiene dieciséis años y quiere respuestas.
Él es cada uno de nosotros.
Quiero decir, tú.
Quiero decir, yo.
No basta con leer a Hesse
y con tomar sopa de almejas,
necesitamos respuestas.
El chico ha encontrado una llave de oro
y está buscando lo que esta abrirá.
¡Este chico!
Si encontrase una moneda,
buscaría una cartera.
¡Este chico!
Si encontrase una cuerda,
buscaría un arpa.
Por eso agarra la llave con fuerza.
Sus secretos gimen
como un perro en celo.
Gira la llave.
¡Presto!
Abre este libro de cuentos extraños
que transforma a los hermanos Grimm.
¿Los transforma?
Como si un clip extendido
pudiese ser una escultura.
(Y puede).

BLANCANIEVES Y LOS SIETE ENANITOS

Tengas la vida que tengas
una virgen es una muñeca agradable:
mejillas frágiles como papel de fumar,
brazos y piernas de porcelana,
labios como vino du Rhône,
ojos giratorios color azul esmalte,
abiertos, cerrados.
Abiertos para decir:
Buenos días, Mamá,
y cerrados para recibir
la embestida del unicornio.
Ella está intacta.
Ella es tan blanca como una espina de pescado.

Había una vez una virgen adorable
llamada Blancanieves.
Tenía dieciséis años.
Su madrastra,
toda una belleza
aunque devorada, por supuesto, por la edad,
quería que su belleza fuese insuperable.
La belleza es una pasión simple
pero, oh amigos, al final
bailaréis la danza del fuego con zapatos de hierro.
La madrastra tenía un espejo al que consultaba
—algo así como el pronóstico del tiempo—

un espejo que mostraba
a la más hermosa del país.
Ella preguntaba:
Espejo mágico,
¿quién es la más hermosa?
Y el espejo respondía:
Tú eres la más hermosa.
El orgullo la llenaba como veneno.

De repente un día el espejo respondió:
Reina, eres muy hermosa, es cierto,
pero Blancanieves lo es todavía más.
Hasta ese momento Blancanieves
no había sido más importante
que un ratón bajo la cama.
Pero ahora la reina vio manchas marrones en su mano
y cuatro arrugas sobre su labio
y condenó a muerte
a Blancanieves.
Tráeme su corazón, le dijo al cazador,
lo sazonaré y me lo comeré.
El cazador, sin embargo, dejó marchar a su prisionera
y llevó al castillo el corazón de un jabalí.
La reina lo masticó como si fuese un filete.
Ahora soy la más hermosa, dijo,
lamiendo sus delgados dedos blancos.



Blancanieves anduvo por el bosque
durante semanas y semanas.
En cada curva encontraba veinte caminos
y en cada uno un lobo hambriento
con sus lenguas colgando como gusanos.
Los pájaros la llamaban lascivamente
hablando como loros rosas,
las serpientes colgaban como lazos,
cada una la sogaba para su dulce cuello blanco.
En la séptima semana
llegó a la séptima montaña
y encontró la casa de los enanos.
Era tan graciosa como una casita de luna de miel
y estaba completamente equipada con
siete camas, siete sillas, siete tenedores
y siete orinales.
Blancanieves comió siete hígados de pollo
y, finalmente, se tumbó para dormir.

Los enanos, esos pequeños perritos calientes,
anduvieron tres veces alrededor de Blancanieves,
la virgen durmiente. Eran sabios
y barbudos como pequeños zares.
Sí. Es un buen augurio,
dijeron, nos traerá suerte.
Se pusieron de puntillas para ver
cómo Blancanieves despertaba. Ella les habló
del espejo y de la reina asesina
y ellos le pidieron que se quedase y cuidase la casa.
Cuidado con tu madrastra,
dijeron.

Pronto sabrá que estás aquí.
Mientras estemos lejos en las minas,
durante el día, no debes
abrir la puerta.

Espejo mágico...
El espejo habló
y la reina se vistió con harapos
y salió disfrazada de vendedora ambulante
para engañar a Blancanieves.
Cruzó siete montañas.
Llegó a la casa de los enanos
y Blancanieves abrió la puerta,
y le compró un pequeño lazo.
La reina lo ató fuertemente
alrededor de su corpiño,
tan apretado como un vendaje,
tan apretado que Blancanieves se desmayó.
Yacía en el suelo como una margarita arrancada.
Cuando los enanos regresaron a casa le quitaron el lazo
y ella revivió milagrosamente.
Estaba tan llena de vida como una gaseosa.
Cuidado con tu madrastra,
dijeron.
Volverá a intentarlo.

Espejo mágico...
Y una vez más el espejo habló,
y una vez más la reina se vistió con harapos
y una vez más Blancanieves abrió la puerta.
Esta vez compró una peineta envenenada,

un escorpión curvo de ocho pulgadas,
y lo puso en su pelo y de nuevo se desmayó.
Los enanos regresaron, le quitaron la peineta
y ella revivió milagrosamente.
Cuidado, cuidado, dijeron,
pero el espejo habló,
la reina vino,
Blancanieves, la tonta conejita,
abrió la puerta
y mordió la manzana envenenada
y se desmayó por última vez.
Cuando los enanos regresaron
le desabrocharon el corpiño,
buscaron la peineta,
pero no funcionó.
La bañaron con vino
y la frotaron con mantequilla
pero todo fue en vano.
Yacía tan quieta como una moneda de oro.

Los siete enanos no fueron capaces
de enterrarla en la negra tierra
así que construyeron un ataúd de cristal
y lo colocaron sobre la séptima montaña
para que todo aquel que pasase
pudiese recrearse con su belleza.
Un príncipe llegó un día de junio
y no se marchó.
Se quedó allí durante tanto tiempo que su pelo
se volvió verde
pero aun así continuó sin moverse.

Los enanos se compadecieron de él
y le entregaron la urna de cristal de Blancanieves
—sus ojos de muñeca cerrados para siempre—
para que la guardase en su lejano castillo.
Cuando los hombres del príncipe cogieron el ataúd
tropezaron y cayeron
y el trozo de manzana voló fuera de su garganta
y despertó milagrosamente.

Y así Blancanieves se convirtió en la novia del príncipe.
La malvada reina fue invitada al banquete de boda
y cuando llegó, allí estaban
unos zapatos de hierro candente,
como patines al rojo vivo,
que colocaron en sus pies.
Primero tus dedos humearán
y después tus talones se volverán negros
y te freirás como una rana,
le dijeron.
Y así bailó hasta su muerte,
una figura subterránea,
moviendo su lengua dentro y fuera
como una llama de gas.
Mientras tanto Blancanieves permaneció en el palacio,
abriendo y cerrando sus ojos azul esmalte,
y hablando de vez en cuando con su espejo,
como hacen las mujeres.

LA SERPIENTE BLANCA

Había una vez un día
en el que todos los animales me hablaron.
Diez pájaros en mi ventana dijeron:
Lánzanos algunas semillas,
dama Sexton,
o nos encogeremos.
En la caja de pescar de mi hijo los gusanos
dijeron: ¡Hace frío!
¡Hace frío en nuestro camino hacia el anzuelo!
El perro en su inocencia
comentó con voz torpe:
Tal vez estés equivocada, buena Madre,
tal vez las guerras no son *reales*.
Y entonces supe que la voz
de los espíritus había entrado en mí
—tan intensa como un aura epiléptica—
y que nunca más cantaría
sola.

Hace mucho tiempo
había un rey tan sabio como un diccionario.
Cada noche a la hora de la cena
le llevaban un plato secreto,
un plato secreto que lo mantenía sabio.

Su sirviente,
que nunca había ganado una rosa,
levantó la tapa una noche
y miró lo prohibido.
Allí yacía una serpiente blanca.
El sirviente pensó: ¿Por qué no?
y tomó un bocado.
Era una hierba furtiva,
aceitosa e inquietante,
y apeteciblemente ligera.
¡Me he comido la serpiente blanca!
¡No queda nada!, lloró.
Gracias a la serpiente blanca
oyó a los animales
hablar con todas sus voces.
Así fue como el aura vino a él.
Estaba dentro.
Se había metido en un edificio
sin salida.
Desde todos los sitios
los animales le hablaban como marionetas.
Un sudor frío recorrió su labio superior
pues ahora era sabio.

Como era sabio
encontró el anillo perdido de la reina
que rodaba en la barriga de un pato
y fue recompensado con un caballo
y dinero para viajar.
Por el camino
vio peces ahogándose





sobre la maleza
y él los devolvió al agua
y los peces lo cubrieron de promesas.
Por el camino
un ejército de hormigas pidió clemencia.
¡No nos aplastes!
Él las rodeó
y las hormigas lo cubrieron de promesas.
Por el camino
los pájaros malditos le pidieron comida
y él mató a su caballo y se lo dio de comer.
Chuparon la sangre como *whisky*
y lo cubrieron de promesas.

En la siguiente ciudad
una princesa estaba celebrando un concurso.
Una forma común de casarse las princesas.
Cincuenta hombres habían muerto
haciendo gárgaras con el mar como si fuese sopa,
pero el sirviente tenía aspiraciones teatrales.
Clávame al mástil, si lo deseas,
y baila a mi alrededor.
Enciende el gramófono y danza ante mis tobillos.
Pero la princesa sonrió como leche tibia
y simplemente lanzó su anillo al mar.
Si no lo encontraba, moriría:
moriría atrapado en la máquina marina.
Los peces, sin embargo, recordaron
y le dieron el anillo.
Pero la princesa, eternamente mujer,
dijo que no era suficiente.

Esparció diez sacos de grano en la tierra
y le ordenó que los recogiese antes del amanecer.
Las hormigas recordaron
y los cargaron como carteros.
La princesa, eternamente Eva,
dijo que no era suficiente
y le mandó buscar la manzana de la vida.
Caminó por el bosque durante dos años,
los monos, esos duendes de vientre
color vino, parloteaban.
No le indicaron el camino.
Los faisanes, esos arzobispos,
lo esquivaron y las tortugas
mantuvieron dentro sus expresivas cabezas.
Estaba preparado para morir
cuando los pájaros malditos recordaron
y dejaron caer la manzana sobre su cabeza.

Volvió con la princesa
diciendo: Solo soy un viajero
pero aquí tienes lo que tanto ansiabas.
La manzana era tersa como un impermeable
y cuando la mordió
estaba tan dulce y crujiente como la luna.
Sus cuerpos se encontraron en ese plato.
Su lengua yació en su boca
tan delicadamente como la serpiente blanca.
Jugaron a las casitas, encantadores,
excepcionalmente bien.
Y, por supuesto,
se asentaron en una caja

y la pintaron de azul
y así pasaron sus días
viviendo felices para siempre...,
una especie de féretro,
una especie de miedo azul.
¿No es así?

RUMPELSTILTSKIN

Dentro de muchos de nosotros
hay un hombrecito
que quiere salir.
No es más grande que un niño de dos años
al que llamarías corderito,
pero él es viejo y deforme.
Su cabeza está bien
pero el resto de su cuerpo no fue sanforizado.
Es un monstruo de la desesperación.
Es pura decadencia.
Habla bajito como un audífono,
con la voz asexual de Truman:
Soy tu duende.
Soy el enemigo interno.
Soy el amo de tus sueños.
No. No soy la ley de tu mente,
el abuelo vigilante.
Soy la ley de tus miembros,
la similitud entre la oscuridad y el impulso.
Mira. Tu mano tiembla.
No es parálisis ni embriaguez.
Es tu *Doppelgänger*
intentando salir.
Cuidado... Cuidado...

Había una vez un molinero
que tenía una hija tan hermosa como una uva.
Le dijo al rey que ella podía
convertir la paja en oro.
El rey llamó a la chica
y la encerró en una habitación llena de paja
y le dijo que hilase la paja en oro
o moriría como una criminal.
Pobre uva sin nadie que la recoja.
Deliciosa, redonda y tersa.
Pobrecita.
Morir sin haber visto Brooklyn.

Lloró,
por supuesto, enormes lágrimas saladas.
La puerta se abrió y dentro saltó un enano.
Era tan feo como una verruga.
Pequeñajo, ¿qué eres?, gritó ella.
Con su diminuta voz asexual él respondió:
Soy un enano.
He sido exhibido en Bond Street
y ningún niño me llamará nunca Papá.
No tengo vida privada.
Cuando estoy borracho
toda la ciudad lo sabe a la hora del desayuno
y ningún niño me llamará nunca Papá.
Mido dieciocho pulgadas.
No soy más grande que una perdiz.
Soy tu ojo malvado
y ningún niño me llamará nunca Papá.